



LIBRO PRIMERO

I

CÓMO EL REY PAUSOLE CONOCIÓ POR VEZ
PRIMERA LAS VICISITUDES DE LA EXIS-
TENCIA.

Resulta que en las naciones
en que menos se observan y
más relajadas están las leyes
de la decencia, imperan más
las leyes de la razón común.

MONTAIGNE, III, 5.

El Rey Pausole administraba justicia
bajo un cerezo, porque, decía él, este
árbol da igual sombra que otro, y tiene

sobre el secular roble la ventaja de dar frutos muy agradables en verano.

Aunque conservaba para sí el aparatoso traje histórico cuya amplitud y cuyas ricas telas le parecían lo más apropiado para dar realce á la majestad de la persona real, no rechazaba un perfeccionamiento razonable. Es preciso amoldarse á su época. El Rey Pausole llevaba una corona que disimulaba bajo una delgada pero brillante película de oro su montura de aluminio. Gustábale hacer observar discretamente cuánto más ligero no resultaba tal artefacto que el sombrero de copa de su primo el rey de Grecia. Algunos transeuntes no se engañaban respecto de la clase de metal de dicha corona. Pero, decía también el Rey, á quien es lo bastante listo para discernir á cierta distancia de qué clase es una pieza de orfebrería, ninguna impresión sería podría hacerle una corona, así fuese ésta de oro macizo y pesado. Por consiguiente, inútil cargarse la cabeza.

El Rey Pausole era soberano absoluto de Trifema, tierra admirable cuya omisión en los atlas políticos podría yo explicar, si necesario fuera, aventurando esta hipótesis: que, así como los pueblos

felices no tienen historia, tampoco tienen geografía los países prósperos. Aún quedan en blanco, en los mapas más recientes, muchas regiones desconocidas: á Trifema la han dejado en azul, en el Mediterráneo; cosa que parece muy natural.

Pues no hay tal, y no es ese el motivo de tan lamentable omisión.

Si Trifema está borrada de todas las enciclopedias, si falsifican el mapa de Europa, si amputan esa verde península vecina nuestra, es porque han organizado contra ella la «conspiración del silencio».

Cada cual sabe que así se llama el acuerdo inmediato y clandestino que se establece entre los críticos literarios cada vez que sale una obra de empuje, y que ahoga al joven tal o en medio de su primera sonrisa. Exploradores y geógrafos, dando pruebas de idéntica bajeza de alma, acuden al mismo procedimiento para alejar á los turistas de una comarca que saben ellos que es deliciosa.

Como gusten; no he de ocuparme yo de tan miserables combinaciones. Trifema es una península que prolonga los Piri-neos hacia las aguas de las Baleares. Toca á la Cataluña y al Rosellón francés.

Hablo de ella por haberla visitado. Importa que el lector no tome por una ficción el relato verdadero y contemporáneo que para él estoy escribiendo desde hace cinco minutos.

Una vez aclarados estos preliminares, entremos de lleno en los acontecimientos.

* * *

Durante el vigésimo año de su reinado fué cuando, un día, al cabo de tantos otros apacibles, sintió el Rey Pausole las dificultades de la vida y el peso de un alma perpleja.

Habíase levantado el Rey, aquella mañana de junio, mucho después que el sol, y suavemente mecido por su mula Macaria se dejaba llevar á la tribuna desde la cual administraba justicia.

Numerosos servidores acompañaban su paseo; uno llevaba sus cigarillos, otro su quitasol; la mayoría de ellos no hacían nada.

Ninguno llevaba armas. El Rey salía siempre sin guardias, por ostentación del empeño que ponía en ser más amado que temido. — El temor, no siempre

dura y se aguanta, decía él; — en cambio, el amor popular es un sentimiento perpetuo que vive de recuerdos, acoge todo ademán del soberano como si fuera una nueva merced, y se contenta con ser vivamente estimado por aquel á quien va dirigido.

Las sentencias sin apelación que cada día pronunciaba el Rey bajo un cerezo de sus jardines le habían hecho aceptar por todos como un árbitro al que libre y voluntariamente se sometían. Constituía él el único tribunal para todos los asuntos. Á fuerza de simplificar el Libro de Usos y Costumbres dejado por sus antepasados, Pausole había llegado á dictar un código que sólo dos artículos contenía, y que, cuando menos, poseía el privilegio de penetrar en los oídos del pueblo. Este es, el código, completo :

CÓDIGO DE TRIFEMA

- I. — No perjudiques á tu vecino.
- II. Fuera de esto, haz lo que gustes.

Superfluo sería recordar al lector que el segundo de estos artículos no está

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO FAYTES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

admitido por las leyes de ningún país civilizado. Y, justamente, éste era el preferido de aquel pueblo. No se me oculta que está en oposición con el carácter de mis conciudadanos.

Pausole se reservaba el diario placer de salvar algunas libertades individuales. No era éste un trabajo muy penoso; por cierto que no aceptara otro aquel excelente hombre, pues su libertad particular presentaba, sin duda alguna, un interés de primer orden, y respetaba su capricho, el cual le aconsejaba que fuera perezoso.

Aquel día, una docena de querellantes y un gentío inmóvil esperaban, sobre el umbroso césped, cuando asomó el Rey bajo las ramas, en medio de un murmullo de veneración, de simpatía y de curiosidad. Contestó al vocerío agitando, á modo de pañuelo, una mano blanda y amistosa. Después subió las tres gradas de su tribuna, las cuales no tardaron en ponerle por encima del nivel de los demás hombres.

Un primer pleiteante se adelantó.

Era éste un extranjero, un marinero. Tendía brazos casi negros fuera de una

camisa cuyas mangas estaban arremangadas.

— ¡ Señor, exclamó, justicia contra mi mujer! ¡ Se ha marchado con otro!

— No digo que no, contestó el Rey; pero, ¿ cómo puedo yo remediarlo?

Cogió una cereza del cerezo, rasgó el hollejo con sus dientes y chupó la pulpa con marcado júbilo por la frescura de aquella fruta.

— Pero, Señor, estábamos casados ante el juez y ante el cura. En la iglesia, me había ella jurado fidelidad...

— ¿ Y si te hubiera jurado no morirse antes de los treinta años, la mandarías á la cárcel el día en que tuviera la peste? Dices que juró... : esa es, justamente, la sola culpa que reconozco en ella. Además, con las leyes de tu extraño país, tal juramento constituía el más vano de los juramentos prestados por fuerza. Acabas de tener la prueba de lo que te digo. Si siquiera te mintiera, si fingiera que le gustabas, para que no la echaras de casa, podrías... Pero no te engaña, puesto que se ha marchado. Su franqueza es irreprochable. Y, ¿ por qué se ha marchado? Sin duda por haber hallado á

alguien superior á tu persona en cuanto á juventud, á belleza, á carácter, ó, ¿quién sabe? quizá en cuanto á fortuna. Admites que una joven pueda pesar todos esos argumentos el día en que toma esposo. Con mayor motivo cuando ya es mujer y que la aconseja la experiencia.

— Sin embargo, el código dice : « No perjudicarás á tu vecino ».

— Por eso mismo te prohibo que persigas á tu sucesor. Pasemos al segundo asunto.

— ¡Majestad! dijo una voz de bajo, un miserable, un cabrero, ha forzado á mi única hija.

— ¡Ojo, ojo! protestó el Rey. Hay que andarse con mucho tiento en eso de afirmar si hubo resistencia ó no. Me gustaría ver á la víctima.

Se la presentaron.

Llevaba ésta el traje favorito de las jóvenes trifemesas : en la cabeza, un pañuelo amarillo color de sol; en los pies, chinelas de color de luna; y el resto del cuerpo todo desnudo. — Pensaba Pausole, en efecto, que la vista de una persona fea ó vieja ó impedida es un padecimiento para algunos, y había prohibido, no sólo á las academias defec-

tuosas, sino también á las caras grotescas, el presentarse descubiertas. Mas, como el espectáculo de una joven ó de un hombre en toda la fuerza de la juventud no puede despertar más que ideas sanísimas y muy conformes con la verdadera virtud, Pausole había hecho comprender á su pueblo que, fuera de algunas semanas en que hasta el Mediterráneo mismo conoce el invierno, era preciso apresurarse á revelar á todos un don tan precioso, y también tan fugaz, cual es la belleza humana.

— Amigo, dijo el Rey, inclinado hacia el oído de un servidor, las cerezas que quedan están demasiado altas para que pueda yo cogerlas sin esfuerzo. Y no cambiaré de árbol. Estoy acostumbrado á éste. Mañana, cuelga de las ramas bajas una docena de cerezas escogidas.

Después, volviéndose hacia la joven, que esperaba su palabra con más confianza que confusión, le dijo :

— Vamos á ver, ¿también usted me dirige una queja? Pues sepa que no oiré á su padre sino en caso de quejarse en nombre de usted.

— ¡Oh Señor! Habladle vos mismo para que no me pegue. Estoy harto emo-

ciónada esta semana para que pueda callarme dos días seguidos, y de nada me dará vergüenza ante vos que sois tan justo. Ayer tarde fui á casa de mi hermana, que vive en el monte, y le llevaba yo un jarro de leche para su pequeño. Me había hablado mucho mi hermana de cosas que le endulzan la vida y que me faltan á mí durante largas y tristes noches. Regresaba yo por el bosque, quizá un tanto encendidas las mejillas y algo apenado el corazón, cuando, bajo los sauces, me encontré con un cabrero de mi edad á quien parecía pesarle también la soledad. Señor, el muchacho acababa de salir del baño, y estaba tan limpio, y era tan guapo, y parecía tan dulce...; debió de notar que me gustaba. Se creen los hombres que son ellos los que nos atacan, y, no obstante, no suelen acercarse á aquellas á quienes se les olvida mirarlos : si nos toman, hasta por la fuerza, no es sin antes haber leído en nosotras que no nos desagradaría tal violencia.. Mas, puedo juraros, Señor, que no hubo culpa mía; no quería yo que me tocara; ó, cuando menos... creía yo no querer tal. Pero, en fin, ello es que miré á aquel joven en el momento

en que más lo admiraba, y que en seguida me cogió la mano... No os ha mentido mi padre, Señor, resistí con todas mis fuerzas. ¡Ni un grito! pues por nada del mundo llamara yo, pidiendo socorro, en la posición en que estaba; además, esperaba poder salir sola de aquel trance. He luchado con mis cuatro miembros cual si defendiera mi vida misma, desde que se puso el sol hasta muy entrada la noche. Entonces vi que era demasiado tarde para volver á casa, y me desanimé; pero muchas fueron las veces que, hasta el amanecer, me desalenté de aquella manera, y muy decidida estoy á no batallar tanto en esos encuentros desiguales. Hace un rato pedían á Vuestra Majestad que protegiera mi debilidad contra nuevas violencias : las de mi padre son las únicas que temo. No necesito de nadie para calmar las otras.

Pausole había escuchado este discurso sin interrumpirlo una sola vez. Ya que la joven hubo terminado, se apresuró á sentenciar :

— He aquí á una niña muy superior á su padre por la madurez del entendimiento, la iniciativa y la comprensión de

la vida. ¡Emancipémosla! No sé con qué derecho mantuviera yo una autoridad cualquiera sobre una cabecita que con tan buen sentido razona. Anda, muchacha, quedas del todo libre desde este momento. No perjudiques á nadie, pero vive como se te antoje, según el código de Trifema. — Venga el tercer asunto.

Es pues de saber que el tercer asunto no fué precisamente aquel que previera el Rey.

Mientras hablaba la joven, notose, en el paseo de magnolias que conducía al palacio real, la carrera torpe de una viejecilla que, con las faldas medio arremangadas, se adelantaba dando saltitos como un saltamontes. Ya que estuvo más cerca, se la vió, jadeante y desesperada, precipitarse hacia la tribuna del Rey; con brazo débil se colgó de una rama para no caerse sino lo más tarde posible, y exhaló: « Señor... », pero con voz tan diáfana, que se creyó que ya había fallecido.

— Es una vieja de Palacio, dijo uno de los servidores.

— Una dueña de las habitaciones privadas, explicó otro.

Y, como la campechanía del rey autorizaba cierto relajamiento en la etiqueta de la corte, toda la librea dejó adivinar su alegría con esta exclamación de un alma aburrida:

— Han ocurrido acontecimientos.

El Rey se había levantado:

— ¿Qué novedad hay?

— Señor... la blanca Alina... ¡Ah! Señor... la Princesa vuestra hija...

— ¿Qué?

— ¡Ah!

Y la vieja cayó, hecha un ovillo, vencida por un desmayo sin gracia.

En el mismo momento llegaba, más serena y portadora de una esquelita, una segunda dama, quien comenzó por cerrar su sombrilla amarilla antes de explicarse en frases escogidas:

— Tengo el sentimiento de anunciar á Vuestra Majestad que Su Alteza Real la Princesa Alina ha abandonado el palacio en circunstancias misteriosas que, no obstante, ninguna inquietud permiten acerca de su preciosa salud. La dama encargada de despertar á Su Alteza y de explicarle sus ensueños se ha presentado respetuosamente detrás de la puerta de Su Alteza y ha llamado por espacio de

cuatro horas sin conseguir contestación alguna. Justamente inquieta por un silencio que ella no se explicaba, se atrevió á entrar, á pesar de lo arriesgado de su empresa : Su Alteza no estaba en sus habitaciones. La Princesa Alina había abandonado su cuarto sin avisar á nadie y sin llevarse ropas ni nada, salvo su cajita de polvos, su estuche de colorete, su portamonedas, y un objeto de tocador puramente femenino cuya designación no interesa, sin duda, á Vuestra Majestad. Nadie sabe á qué hora se marchó ni qué camino le plugo tomar. Lo único que se supone es que ha debido de salir por la ventana. En el transcurso de las investigaciones efectuadas por nosotras, hemos descubierto, sobre su tocador, una esquelita cuyo sobrescrito decía : « Para Papá ». La entrego en manos de Vuestra Majestad.

Pausole no quería comprender. En vano había la dama edificado su relato en el pleno mediodía de la claridad : Pausole seguía ciego.

— Querida, le dijo, está usted disparatando. Oigo de su boca palabras sin ilación... Está usted demente, á las claras se ve. Vamos á ver, ¿ por qué mi hija me habría abandonado? ¿ Dónde puede estar

mejor que en Palacio, con su padre? Y, ¿ cómo creer que se haya marchado sin siquiera despedirse de mí? Le digo y le repito que está usted soñando. Si no ha dormido en su cuarto, sería que hacía demasiado calor en él. Debe de estar sobre la azotea, en su hamaca adornada de madroños. Apostaría á que á nadie se le ha ocurrido tal cosa. Vaya usted, vaya en busca suya, en vez de venir á turbar deplorablemente mis reflexiones.

Al terminar estas palabras, su mirada se fijó en la esquelita que aún tenía en la mano.

En medio de un sobre de color suave, estas palabras :

Para Papá.

se destacaban, irregulares, caprichosas y claras. Y, debajo, una línea que, con intenciones iniciales de ser horizontal subía, delirante, parecía un brinco descompasado.

El Rey abrió el sobre con silenciosa vacilación, y sacó de él una carta que le decía :

« Papaíto mío : Si supiera que ibas á padecer, no me marcharía dentro de dos minutos ; pero no puedes estar tú triste puesto que yo estoy contenta, y siempre me has dicho que querías mi felicidad.

« Volveré dentro de siete meses, cuando cumpla quince años, pues entonces ya seré mayor de edad. Espérame sin inquietud ; me marchó con... »

... No, no había leído mal, Pausole.

« ... me marchó con uno que es muy agradable persona y que cuidará de mí como tú mismo cuidabas hasta hoy día. Te abrazo, si no estás enfadado.

« LINA ».

Poco á poco, se había acercado la gente, y, sin saber qué ocurría, pero curiosa y casi ruidosa, observaba la agitación del Rey, fenómeno excepcional. Querellantes se impacientaban. La joven emancipada del último asunto, temiendo que naufragara su justa causa en aquellas conjeturas, se atrevió á pedir al rey que confirmara su fallo.

El Rey, con ademán violento, exclamó.

— ¡ Váyanse al demonio los asuntos pendientes ! ¡ Criados, tráiganme mi montura ! ¡ Esto no puede quedar así !

Esa chiquilla está loca de remate. Es preciso alcanzarla cuanto antes. Jamás se ha visto tal catástrofe. ¡ Criados, estúpida canalla, ya estáis echando á correr !

Y, sobre la mula Macaria, que galopaba por primera vez, al cabo de una larga y apacible existencia, vieron los presentes al Rey Pausole huir en medio de una polvareda, en tanto que el viento de la carrera arrancaba de su cabeza la ligera corona, y chuscamente la colgaba de la flexible rama de un mirto.

II

EN EL QUE SON PRESENTADOS EL REY
PAUSOLE, SU HARÉN, SU EUNUCO MAYOR
Y EL PALACIO DEL GOBIERNO.

... Pero en mi extremada inconstancia
Que va como flujo y reflujo,
Apenas si he dicho que amo,
Cuando ya noto que no amo.

SAINT-AMANT.

El día en que Pausole se conoció (lo cual ocurrió mucho antes del nacimiento de la blanca Alina), se dió cuenta de que

poseía tres costumbres y un defecto de carácter.

Sus costumbres eran (de mayor á menor) : la pereza, el placer y la beneficencia.

Buscaba, en primer lugar, la inactividad.

Después, la satisfacción.

Finalmente, la filantropía.

Su defecto de carácter, que ha de desempeñar preponderante papel en este cuento, era una irresolución ejemplar y general de la que nunca se quejaba, pues sólo ella daba, como contraste, una sensualidad superior á la paz de sus perezas.

Experimentaba la sensación de lo irreparable cuando cerraba una ventana. Escoger una fruta, una mujer ó una corbata ocasionaba en él una perplejidad parecida á una angustia. Nunca rompía un papel, así fuese un simple sobre, por miedo á tener que lamentar más tarde tan inconsiderada determinación. No bien habia manifestado un deseo ó dado una orden, detenía en seguida á los que se apresuraban á obedecerle, y tenía unos « Esperen : No es este el momento », y « Más tarde veremos » « Dejemos eso

por ahora », que mantenían su existencia en lo circunspecto y lo provisional, de tal manera temía lo definitivo.

Lo temía; pero sólo para él. Á modo de desquite de su vacilación íntima, discernía el deber de los demás con clarividencia repentina y perentoria, y dictaba sus fallos públicos con notable decisión. Un singular resultado de tal rapidez de juicio ante los querellantes era la reputación de infalibilidad que exaltaba su justicia. — La confianza personal se comunica fácilmente; y nada es tan peligroso para un superior como el meditar antes de contestar. — Jamás Pausole meditaba bajo el árbol de sus audiencias, sino antes de escoger entre dos cerezas tan encendidas como el color de las vírgenes.

Ya que Pausole se hubo así informado acerca de sus costumbres y de su defecto, se ocupó, no en corregirse por lo irrealizable, sino en alimentar sus debilidades y en sacar de ellas el mejor partido posible para sus comodidades personales y las de sus familiares.

Así es cómo, aleccionado por larga experiencia, le pareció más sesudo el renunciar á escoger cada noche una

compañera entre las por él reunidas en el harén de su palacio. Efectuaba con deplorables titubeos aquella diaria elección, y casi siempre se dejaba vencer por la más atrevida, en vez de seguir tranquilamente sus misteriosas preferencias. Y, en el momento mismo, sentía no haberse quedado con la más hermosa.

Un día, estableciendo una regla permanente que le ahorraba la preocupación de las decisiones particulares, redujo el número de sus mujeres á trescientas sesenta y cinco, exactamente. Una de aquellas á quienes tal determinación excluía del palacio real exhaló su pena con tanto amor, que el Rey, siempre paternal, consintió en que se quedara á título suplementario, para los años bisiestos.

Por tal medio, el empleo de sus noches quedaba reglamentado de manera definitiva. Cada noche, un rostro nuevo, y no obstante conocido, aprobado, quizá hasta echado de menos desde hacía un año, venía á posar sobre los cojines mejillas que un largo deseo hermoceaba más. Y Pausole, librado del cuidado de preparar la noche siguiente, saboreaba

con más marcado placer una dicha sin elaboración previa.

Inútil decir que las habitaciones de las Reinas ocupaban casi todo el palacio real. Estaban compartidas según las cuatro estaciones, en un largo edificio policromo, en el que los mil transparentes de la fachada ondeaban al sol como colgaduras.

Dos pabellones, más altos de un piso, flanqueaban el enorme edificio.

En uno de ellos habitaba el Rey en persona. En el otro se celebraban los consejos de ministros. Tenía Pausole que pasar por el harén para presidir el gobierno.

Preferible es confesar sin rodeos que jamás consiguió, saliendo del pabellón sur, llegar al pabellón norte.

Él mismo había concebido aquella arquitectura y previsto tal resultado. Puesto que, decía él, los mejores monarcas han sido reinas lujuriosas que han dejado tranquila la gente oficinesca de su reino, apartaré de mi espíritu, por saludable artificio, toda inspiración eventual de dirigir los asuntos públicos.

Y lo cierto es que todo andaba á pedir de boca. Nadie se quejaba, ni el pueblo

ni el soberano; — ó, al menos, los raros descontentos acusaban á « los ministros » quienes, riéndose detrás de su anónima colectividad, y muy satisfechos por cierto de trabajar sin dirección, daban gracias al destino.

Á tal punto había llevado Pausole el genio abdicador, que ni siquiera á sus mujeres gobernaba.

Á la cabeza del harén, y cumulado el cargo de Eunuco mayor con el de Mayordomo mayor de Palacio, un personaje singular administraba en nombre del Rey.

Era el hugonote Taxis.

De espíritu estrecho, meticoloso, de perfil chupado y de mirada torva, alma intratable y presentuosa, Taxis desempeñará, en lo que sigue de este relato (digámoslo para mayor claridad) el papel siempre necesario de Personaje antipático. Es el caso que Pausole mismo lo había escogido, y nadie podía dudar de que el Rey concediera á su funcionario cierta estima, confianza, y hasta admiración.

Aquel antiguo profesorcillo de álgebra, antiguo profesor de teología protestante, empleado desde entonces con éxito en

varias misiones policiacas, y, en fin, nombrado Eunuco mayor, poseía un sentido del orden y un respeto del principio muy por encima de la simple manía. Tales condiciones habían parecido



aptitudes universales para los cargos que distribuye el Estado, y Taxis había sabido hacerse indispensable, si no á sus administrados, cuando menos á sus superiores. Un ejemplo bastará: ocho días después de su nombramiento como jefe del harén, estaba éste pacificado, cosa que le parecía

quimérica á Pausole cuando en ello soñaba.

Delicado sería insistir sobre los títulos que hiciera valer Taxis para sentar su candidatura al eunucato general : delicado, y, además, poco interesante, — Taxis beneficiaba de una vocación natural para ese privilegiado puesto. El Cielo le había ahorrado las concupiscencias de la carne, é igualmente las ahorraba, por más amplia misericordia, á todas las mujeres que le veían. No quería la Providencia que, incapaz de deseos, tuviese el dolor de inspirarlos á las mujeres. No era, ni víctima ni ocasión de pecado.

Sin embargo, tenía que resignarse á no hacer prosélitos entre sus jóvenes pupilas. Fuera esto ir más allá de lo que á su cargo cumplía. Limitábase con rigor. El Rey, enemigo de todas las guerras, detestaba las guerras de religión ; amigo de todas las libertades, dejaba libres las conciencias, así fueran jesuitas ó francmasonas. Tanto en el interior del harén como en todo su territorio, Pausole toleraba mil cultos, y él mismo observaba algunos, á fin de conocer los consuelos de varios paraísos.

El altar preferido del Rey era, en un

terreno del parque, un templecito dedicado á Démeter y Perséfone. Como ninguna de las dos diosas tenía ya adoradores sobre la tierra, escuchaban con agrado á éste, que se acordaba de ellas. Á la una pedíale sobre todo buenas cosechas para su pueblo; á la otra, la merced de no ser presentado á ella sino lo más tarde posible.

Tales eran pues Pausole, sus mujeres, su Eunuco mayor y su palacio. Cuando hayamos explicado quién era la blanca Alina, podremos interrumpir los capítulos descriptivos, es decir, permitir á las lectoras no saltar tantas páginas á la vez.

III

EN DONDE SE DESCRIBE Á LA BLANCA ALINA DE PIES Á CABEZA PARA QUE EL LECTOR DEPLORE SU FUGA Y LA PERDONE AL MISMO TIEMPO.

Si los pintores han pintado desnudeces, muy grande es el pecado, pues no pueden pintar una buena figura sin copiarla del natural.

Examen general de las condiciones, etc. — 1676.

La blanca Alina era hija de una ho-

landesa, y, probablemente también, del Rey Pausole.

Cuando menos, nadie lo puso nunca en duda.

Su cabello era rubio; su tez, clara, pero propensa á súbitos empurpamientos; las aletas de su nariz estaban bien dilatadas, y sus labios eran alegres.

De sobra sé que no se acostumbra trazar el retrato de las jóvenes más allá de su escote. No importa; en la mente de todos está que, dentro de algunos años, semejante moda será una anticualla, y, aunque sólo fuera para incitar á los pintores á que sigan mi ejemplo, haré caso omiso de las reglas establecidas.

La blanca Alina, catorce años y cinco meses después de su nacimiento, se interesaba sobremanera en seguir el desarrollo de su graciosa persona. Es muy natural que la acompañemos ante su espejo, en el que se examinaba por la mañana con tanta afectuosa curiosidad.

Á él acudía desde su despertar, dejando en la cama su larga camisa y no conservando de su tocado nocturno más que la trenza suelta de su pelo. La entrevista con su imagen constituía una escena muy tierna.

Comenzaba ésta con una sonrisa á modo de recibimiento. Y luego sonaban ruidosos besos, con las dos manos, con los diez dedos. Durante el primer minuto, su ternura hacia sí misma dominaba. Su mirada se decía cosas inolvidables; era aquello una comunión de almas en la que nada añadía su belleza á una simpatía ya decidida. Mas, poco á poco, este sentimiento se borraba ante otro, el cual se precisaba en admiración.

Hacia pocas semanas que era ya mujer: fuente de incesantes descubrimientos. Sus senos, formados en tan poco tiempo, conservaban entre sus manos toda su frescura de juguetes nuevos. Familiar (é imprudente), la niña que había aún en ella agarraba aquellas frágiles rosas cual si fueran pelotas de goma; trataba de acercarlas una á otra; cosquilleaba sus pálidas puntas; les hacía mil diabluras. Luego, cambiando de repente de diversión, tersando la pierna izquierda, y doblando la rodilla derecha, medía con la mirada el abultamiento de una cadera muy joyen y que, cada día, se redondeaba. — En una palabra, ¿qué no admiraba en ella Alina? Por singularidad que le gustaba como todo lo demás, aún no

florećan en ella todos los signos exteriores de la adolescencia; pero, pensándolo bien, hallaba en aque'lo cierto parecido griego que no le sentaba mal.

Y, por cierto, ¿á quién amara la joven sino á su propia imagen? Su padre no le había dado otra amiga.

Ya ha podido adivinarlo el lector : Pausole, tan tolerante para las costumbres de su pueblo, lo era menos para las de su hija.

Si muy grato le resultaba el encontrarse, en sus paseos, con jóvenes vírgenes ligerísimas de ropa, poco empeño tenía en presentar en el mismo traje, á sus fieles súbditos, á la Princesa heredera. — No porque influyera en él cierto espíritu rutinario, sino que el sol del Mediodía quema; sólo á las morenas sienta bien cierto paño del cutis; en cambio, á la piel de las rubias le da ciertos tonos de langosta cocida, y no tardara la blanca Alina en perder el epíteto homérico que entre todas las chicuelas la distinguia, si hubiesen dejado correr en pleno aire su academia sin protegerla. — Por eso la obligaban á vestirse y hasta á llevar sombrilla.

Razonamientos análogos — quiero decir inspirados por una ternura paternal — habían disuadido á Pausole de aplicar á su propia hija sus teorías familiares sobre la educación de los niños.

Nunca temen los moralistas el mostrarse contradictorios. Piensan con razón que bastante han hecho con predicar, y que el ejemplo personal no es una ayuda necesaria para la influencia de sus ideas. Sin duda, se decía el Rey, quiero que los niños sean criados en la más amplia libertad y que sean entregados á sus propios instintos, es decir, á las primeras dichas de su pobre existencia incipiente. Pero mi hija ha nacido en condiciones muy particulares. Su interés exige un tratamiento especial. No hay regla que sirva para todos. En una palabra, que aprisionaba á la desgraciada muchacha.

Había, sí, oído decir Alina que la suerte le concedía trescientas sesenta y seis madrastras, cuya mayoría sobresalía en ingenio ó en belleza; pero, para ella, noche y día estaba cerrado el harén. Hacía bastante tiempo que su madre había fallecido. No tenía hermanas, ni compañeras.

Hasta las mismas damas de palacio

tenían orden de no hablar á la Princesa sino de lo que se relacionara con su instrucción literaria.

Á pesar de todo, como apenas imagi-



naba una vida mejor en otro sitio, la blanca Alina solía estar alegre.

Por la mañana, todo el parque era suyo. Era aquella la hora en que las Reinas y el Rey dormían. Jugaba sola,

pero con la misma actividad y el mismo placer que si numerosas niñas compartieran sus juegos. Tenía por amigos algunos árboles, y ciertos rinconcitos eran sus confidentes. Á veces regresaba jadeante de haber estado jugando al escondite con una lagartija verde, ó de una carrera efectuada en competencia con un conejo sonrosado.

Pero, bruscamente, una mañana, parecióle más interesante jugar á la raqueta con sus imaginaciones y bailar el minué con su propia imagen.

Unas seis semanas después, su carta le hacía saber á Pausole que se había ella marchado de palacio « con uno que es muy agradable persona », y que pretendía velar por ella.

Así pues, hasta en la soledad en que su padre la tenía encerrada, la blanca Alina había sabido encontrar, sin consejos y sin ejemplos de ninguna clase, pero socorrida felizmente por su joven imaginación, los compañeros que le hacían falta en la edad de sus metamorfosis.